

Estudios americanos

Emerson, filósofo de la democracia

John Dewey

Se ha dicho que Emerson no es un filósofo. Considero verdadera o falsa esa negación según se diga como elogio o como reproche, según los motivos que presente. Cuando el crítico aduce la falta de método, la ausencia de continuidad, de lógica coherente y, con la vieja historia de la cuerda de perlas holgadamente dispuestas, rechaza a Emerson como un escritor de máximas y proverbios, un compilador de percepciones brillantes y aforismos abruptos, el crítico, en mi opinión, expone sencillamente su incapacidad para seguir una lógica que está finamente labrada. “Queremos mucha lógica en cada hombre; no podemos perdonar su ausencia, pero eso no debe decirse. La lógica es el avance o el desarrollo proporcionado de la intuición, pero su virtud es como un método silencioso; cuando aparece como proposiciones y tiene un valor aparte, es inútil.” Emerson cumple su propio requisito. El crítico necesita el método presentado aparte y no descubrir que su hilo principal se ha perdido. De nuevo, dice Emerson, “no hay cumplido como el de dirigir a los seres humanos pensamientos desde la altura y presuponiendo su inteligencia”, un cumplido que los críticos de Emerson se han apresurado generalmente a evitar. Resumiendo, no conozco a otro escritor, no importa cuán segura sea su posición en los tratados de historia de la filosofía, cuyo movimiento de pensamientos sea más compacto y unificado, ninguno que combine más adecuadamente la diversidad de la acometida intelectual con la concentración de forma y efecto. He leído recientemente la carta de un caballero, distinguido escritor de filosofía, en la que señala que los filósofos son una clase estúpida, puesto que quieren toda razón cuidadosamente señalada y etiquetada y son incapaces de dar nada por sentido. El paternalismo condescendiente, por parte de los críticos literarios, de la falta de coherencia de Emerson nos recuerda que los filósofos no tienen el monopolio de esa forma particular de estupidez.

Tal vez esté más en lo cierto, sin embargo, quien niega que Emerson sea un filósofo porque es más que un filósofo. Podría trabajar, dice, a través del arte, no de la metafísica, encontrando la verdad “en el soneto y el drama”. “Soy —citando de nuevo a Emerson—, en todas mis teorías, éticas y políticas, un poeta”, y creo que podríamos tomar sin riesgo su palabra en el sentido de ser un hacedor más que un reflector. Prefería que se lo situara entre los visionarios antes que entre los razonadores de la raza, pues dice: “Pienso que

la filosofía aún es ruda y elemental; algún día la enseñarán los poetas. El poeta tiene la actitud natural; es creyente; el filósofo, tras librar una lucha, solo tiene razones para creer”. Tampoco creo impertinente poner al lado de esa declaración otra que dice: “Aún tenemos que aprender que lo dicho en palabras no ha sido por ello afirmado. Ha de afirmarse por sí mismo o ninguna forma de gramática ni de plausibilidad podrán probarlo, ni serie alguna de argumentos”. Para Emerson, la percepción era más potente que el razonamiento; las entregas del debate más deseables que la concatenación del discurso; la sorpresa de la recepción más demostrativa que las conclusiones de la demostración intencionada. Como él mismo dijo, “bueno como es el discurso, mejor es el silencio, que lo avergüenza. La extensión del discurso indica la distancia de pensamiento entre el hablante y el oyente”. De nuevo: “Si hablo, defino y confino, y soy menos”. “El silencio es un disolvente que destruye la personalidad y nos deja ser grandes y universales.”

No trazaría límites apresurados y tajantes entre filósofo y poeta, aunque hay algunas diferencias de énfasis en el pensamiento y de ritmo en el discurso. El deseo de una lógica articulada, no silenciosa, es intrínseco a la filosofía. El despliegue de la percepción ha de ser manifiesto, no solo seguido y entendido. Ese método consciente es, podría decirse, lo único que en última instancia concierne al pensador abstracto. No le interesa el pensamiento, sino el pensamiento razonado, no las cosas, sino los modos de las cosas; ni siquiera la verdad, sino las sendas por las que se busca la verdad. El pensador abstracto capta minuciosamente los símbolos del pensamiento. Es dado a fabricar y afilar las armas del espíritu. Los resultados, las interpretaciones, las victorias, son indiferentes. En el arte ocurre de otro modo. El arte es, como dice Emerson, “la senda del creador hacia su trabajo” y, de nuevo, “un respeto habitual por el conjunto de un ojo que ama en detalle la belleza”. El afecto es por el significado del signo, no por su constitución. Solo mientras los blande fragua el artista la espada y el escudo del espíritu. Su asunto es descubrir más que analizar, discernir más que clasificar. Lee, pero no compone.

Sin embargo, nada más trazar esas líneas nos avergonzamos y empezamos a retractarnos. Eurípides y Platón, Dante y Bruno, Bacon y Milton, Spinoza y Goethe suscitan el rechazo. El espíritu de Emerson se alza para protestar contra la exageración de que intenten situarlo en el plano del arte

más que en una plataforma filosófica. Los críticos literarios admiten su filosofía y niegan su literatura. Y si los filósofos ensalzan su arte sagaz, sereno, y hablan con cierto desprecio de su metafísica, tal vez sea porque Emerson sabía también algo más profundo que nuestras definiciones convencionales. Es cierto que los pensadores reflexivos han tomado el camino de la verdad por su verdad; el método de la vida por la conducta de la vida; en resumen, han tomado medios por fines. Pero es también seguro que en la completud de su devoción han expiado su transgresión; los medios se identifican con los fines, el pensamiento se convierte en vida y la sabiduría no se justifica por sí misma, sino por sus hijos. El lenguaje mantiene debidamente la diferencia entre filósofo y sofista. No se puede eliminar amor y generación de la definición de pensador como no se puede eliminar pensamiento y límites de la concepción de artista. Es el interés, la preocupación, el cuidado, los que hacen tanto uno como otro. Es una ironía significativa que la antigua disputa entre filósofo y poeta fuese inaugurada por uno que unía en sí mismo más que ningún otro individuo ambas cualidades de artista y metafísico. En el fondo, la disputa no tiene que ver con los objetivos ni con los métodos, sino con los afectos. En las divisiones del amor queda siempre la unidad del que ama. Debido a que Platón fue tan grande estuvo dividido en sus afectos. Un hombre menor no habría soportado ese amor dividido, a causa del cual enfrentó al poeta y el filósofo. Visto desde fuera, nuestras barreras entre literatura y metafísica resultan insignificantes, señales de la tentativa de fijar las legalidades y formalidades de lo decoroso a las cosas del espíritu. Si alguna vez ha vivido no solo un metafísico, sino un profesor de metafísica, ese fue Immanuel Kant. Sin embargo, también Kant dice que se consideraría más indigno que un jornalero si no creyese que, de algún modo, incluso en sus clasificaciones técnicas y distinciones remotas, también él estaba llevando a cabo la lucha de la humanidad por la libertad, esto es, por la ilustración.

Para Emerson, entre todos, hay unilateralidad y exageración, que él sería el primero en despreciar, en exaltar demasiado su sustancia creativa a expensas de su procedimiento reflexivo. De hecho, dijo en alguna parte que el hombre individual es solo un método, un plan de disposición. La expresión es ampliamente descriptiva de Emerson. Su idealismo es la fe del pensador en su pensamiento elevada a la enésima potencia. “La historia —dice— y el estado del mundo en cualquier momento es directamente dependiente de la clasificación intelectual que existe entonces en las mentes de los hombres.” También: “Cuidado cuando el gran Dios abandona a un pensador en este planeta. Todas las cosas peligran entonces. Las esperanzas de un hombre, los pensamientos de su corazón, la religión de las naciones, los modales y la moral de la humanidad quedan a merced de una nueva generalización.” También: “Todo parece permanente hasta que se descubre su secreto. La naturaleza parece provocativamente estable y secular, pero tiene una causa como todo lo demás y, una vez he comprendido esto, ¿se desplegarán esos campos tan inamoviblemente amplios, colgarán esas hojas tan individualmente considerables?” Por último: “En la historia una idea sobresale como una luna y regula la marea que sube simultáneamente en todas las almas de una generación”. Hay

veces, de hecho, en que tendemos a considerar toda la obra de Emerson como un himno a la inteligencia, un peán al poder creador e inquietante del pensamiento.

En consecuencia, como ofrenda de expiación a los manes de Emerson, podríamos caracterizar su pensamiento, su método, incluso su sistema. Lo encuentro en el hecho de que toma las distinciones y clasificaciones que para muchos filósofos son verdaderas en, de y por sus sistemas, y las hace verdaderas de la vida, de la experiencia común del hombre corriente. Dicho con sus propias palabras: “Hay grados en el idealismo. Primero aprendemos a jugar con él académicamente, como el imán fue una vez un juguete. Luego vemos, en el apogeo de la juventud y la poesía, que podría ser verdadero, que es verdadero en destellos y fragmentos. Después, su semblante se vuelve severo y sólido, y vemos que debe ser verdadero. Entonces se muestra ético y práctico”. El idealismo, que es cosa del intelecto académico para el profesor, una esperanza para la juventud generosa, una inspiración para el proyector genial, es para Emerson una descripción estrictamente precisa de los hechos del más real de los mundos en que todos se ganan la vida.

Esa referencia a la vida inmediata es el texto con el que prueba a todo filósofo. “Cada nueva mente a la que nos aproximamos parece requerir —dice— una abdicación de todas nuestras posesiones pasadas y presentes. Una nueva doctrina parece al principio una subversión de todas nuestras opiniones, gustos y modos de vivir.” Pero mientras que nos entregamos “completamente y sin reservas a aquello que nos lleva consigo, puesto que es lo nuestro, rechazamos lo que no nos lleva consigo, puesto que no es lo nuestro. Sería un estúpido si no sacrificara mil Esquilos a mi integridad intelectual. Ocurre lo mismo con la verdad abstracta, la ciencia de la mente. Un Bacon, un Spinoza, un Hume, Schelling, Kant, son solo más o menos torpes traductores de cosas en nuestra conciencia. Digamos, entonces, en lugar de verter ese oscuro sentido, que no ha tenido éxito en retraducirlo a nuestra conciencia. De cualquier modo, cuando al fin esté hecho, veremos que el escritor no nos devuelve a un estado recóndito, sino a uno simple y natural”.

De nuevo, tomando esta otra cita: “Aristóteles o Bacon o Kant proponen una máxima que es la clave de la filosofía en adelante, pero me interesa más saber que, cuando al fin manifiestan su gran palabra, es solo una experiencia cotidiana del hombre de la calle”. Creo que lee erróneamente el llamado eclecticismo de Emerson quien no ve que es una reducción de todos los filósofos de la raza, incluso de los profetas como Platón y Proclo, por quienes Emerson siente especial cariño, a la prueba del presente y la experiencia inmediata. Aquellos que desprecian a Emerson por pedantería superficial debido a la serie de nombres que acostumbra proyectar como abalorios ante nuestros ojos, solo dan voz a su propia pedantería, sin ver, en su literalidad, que todas esas cosas son, para Emerson, símbolos de usos distintos administrados al alma común.

Igual que trata a los filósofos, Emerson trata las doctrinas. El platónico enseña la inmanencia de la ideas absolutas en el mundo y en el hombre, que toda cosa y todo hombre participa de un sentido absoluto, individualizado en él y a través del cual uno forma una comunidad con los otros. Al mismo

tiempo que esa verdad del universo resulta adecuada para la enseñanza, se ha convertido en una verdad de la filosofía, una verdad de la interpretación privada, que unos hombres alcanzan, aunque no otros, y en consecuencia verdadera para algunos, pero no verdadera para todos, y por tanto no absolutamente verdadera para cualquiera. Pero para Emerson toda “verdad se encuentra en el camino”. Dice Emerson: “Estamos en el seno de una inteligencia inmensa que nos hace órganos de su actividad y receptores de su verdad,” y la idea ya no es un juguete académico ni un destello de poesía, sino un informe literal de la experiencia del momento como ha sido enriquecido y reforzado por el individuo a través de la narración de la historia, la aplicación de la ciencia, el chismorreaje de la conversación y el intercambio del comercio. Que todo individuo es a la vez el foco y el canal del largo y ancho esfuerzo de la humanidad, que toda la naturaleza existe para la educación del alma humana, esas cosas, cuando leemos a Emerson, dejan de ser afirmaciones de una filosofía separada y se convierten en transcripciones naturales del curso de los acontecimientos y derechos del hombre.

La filosofía de Emerson tiene esto en común con la de los trascendentalistas; prefiere tomar prestado de ellos más que de otros pigmentos y alineaciones. Pero Emerson encuentra la verdad en el camino, en el esfuerzo no aprendido, en la idea inesperada, lo que lo aleja de su distanciamiento. Sus ideas no están fijas en una realidad que está más allá o por detrás o en otra parte y, por tanto, no tienen que ser retorcidas. Son versiones del aquí y ahora y fluyen libremente. Emerson, celoso de la democracia espiritual, encuentra el reputado valor trascendental de un orgulloso distanciamiento y de un más allá en la posesión del incuestionable presente. Cuando Emerson, hablando de la cronología de la historia, esboza el allí y entonces como “salvaje, agreste y absurdo”, traza también la línea que marca su distancia con el trascendentalismo, que es el idealismo de una clase. La cruda realidad es que el idealista frecuentemente ha conspirado con el sensualista para privar al urgente y pasajero ahora de un valor espiritual. A través del trabajo conjunto de esa conspiración desdeñosa, el hombre corriente no es, o al menos no se entiende como tal, un idealista. Es al desheredado de la tierra a quien Emerson llama a sus filas. “Si un hombre está enfermo, es incapaz, miserable y odioso, es porque hay muchas cosas en su naturaleza que ilegítimamente le han quitado.”

Frente a credos y sistemas, convenciones e instituciones, Emerson está a favor de devolverle al hombre corriente lo que, en nombre de la religión, la filosofía, el arte y la moralidad ha sido sustraído de la reserva común y adecuado a un uso sectario y de clase. Más que nadie que conozcamos, Emerson ha comprendido y declarado que esa malversación hace que se deteriore la sencillez de la verdad y que, al volverse parcial e interesada, resulte un enigma y una trampa para el teólogo, el metafísico y el literato; el enigma de una ley impuesta, de una renuncia al bienestar, de un ideal romántico que resplandece solo a lo lejos, y el engaño de una habilidad manipuladora, de una actitud especializada.

Por muchas razones, el siglo que viene debería darse cuenta de lo que está amaneciendo, de que Emerson no es solo un filósofo, sino que es el Filósofo de la Democracia. La generación de Platón, creo, encontró dificultades para clasificar a

Platón. ¿Fue un visionario inepto o un sutil dialéctico? ¿Un reformador político o el fundador de la nueva forma del arte literario? ¿Un exhortador moral o un instructor en una academia? ¿Fue un teórico de la educación o el inventor de un método de conocimiento? Nosotros, viendo a Platón a través de siglos de exposición e interpretación, no encontramos dificultades en considerarlo un filósofo y atribuirle un sistema de pensamiento. Discutimos sobre la naturaleza y el contenido de ese sistema, pero no dudamos de que está ahí. Es el paso de los siglos lo que ha unido a Platón con su técnica y lo que ha desarrollado y unido a Platón a un sistema. Un siglo es una pequeña proporción respecto a veintiséis; no es fácil predecir. Pero, al menos, al pensar en Emerson como en el único ciudadano del Nuevo Mundo apto para que su nombre se pronuncie con el mismo aliento que el de Platón, podemos creer sin presunción que, aunque Emerson no tenga un sistema, es, sin embargo, el profeta y el heraldo de cualquier sistema que la democracia haya de construir y abrazar de aquí en adelante y que, cuando la democracia se articule a sí misma, no tendrá dificultades en encontrarse a sí misma ya propuesta en Emerson. Esto es tan cierto hoy como cuando Emerson dijo: “Nuestra necesidad primordial no estriba en proposiciones, ni en nuevos dogmas ni en la exposición lógica del mundo, sino en observar y acariciar tiernamente las sensibilidades intelectuales y morales y atraerlas para que se queden con nosotros. Mientras estén con nosotros no nos equivocaremos”. Nos vemos obligados a decir que Emerson es el primer y ya casi el único cristiano del intelecto. De esa reverencia del instinto y el impulso de nuestra naturaleza común emergerán a su debido tiempo proposiciones, sistemas y exposiciones lógicas del mundo. Entonces tendremos una filosofía que la religión no podrá amonestar y que conozca su amistad con la ciencia y el arte.

Emerson escribió de cierta clase mental: “Esta alma tranquila, bien fundamentada, amplia de miras, no tiene prisa, ni litiga, ni juzga. Yace al sol y se cultiva en el mundo”. Es el alma de Emerson lo que describen esas palabras. Pero eso no es un mérito privado ni un crédito personal. Para miles de hijos de la tierra, Emerson ha levantado las barreras que ocultaban el sol y ha asegurado la circulación libre, alegre, de la luz del cielo y el saludable aire del día. Para ellos, contentos de sobrevivir sin luchar ni competir, viajan todos los comerciantes, puesto que con ellos ha llegado el servicio final de toda mercancía. Para ellos, que descuidan sus casos, todos los abogados pleitean en el día del juicio final, pues, aunque se apile una montaña de falsedades, la verdad es el único depósito que la naturaleza tolera. Aquellos que rechazan ser llamados “maestro, maestro”, todas las magistraturas al fin se aplazan, pues la suya es la causa común por la cual dominio, poder y principado quedan sojuzgados. Ante esos triunfos, incluso los devotos de lo que hoy pasa con el nombre de éxito, los que ceden a millones y se inclinan ante los imperialismos, deben bajar su estandarte y asentir pasajeramente al menos a la última palabra de la filosofía de Emerson: la identidad del ser, incondicional e inmutable, con el carácter.

Traducción de Fernando Vidagañ Murgui

